

LA LEY DE DIOS

SEMENARIO CATÓLICO.

LO DE BARCELONA.

DECLARACIONES DEL SEÑOR OBISPO

El *Boletín Eclesiástico* del Obispado de Barcelona publica el siguiente documento de aquel insigne Prelado, con motivo de los tristes acontecimientos allí habidos.

Dice como sigue el venerable señor Obispo:

«Los lamentables sucesos ocurridos en esta ciudad con motivo de un acto de Nuestro Pastoral ministerio, Nos obligan, bien á pesar Nuestro, á hacer algunas manifestaciones, de las cuales no podemos prescindir, bien sea para que Nuestro silencio no se interprete como aquiescencia á la acusación de falta de cultura y religiosidad lanzada contra la noble y piadosa ciudad de Barcelona, bien sea para no faltar á las leyes de la gratitud, que son para Nos sagradas. En efecto, el lamentable extravío de unos cuantos jóvenes, nunca ni en parte alguna podrá llamarse manifestación de un pueblo grande ó pequeño, y mucho menos de la importancia de esta ciudad. Mas si se atiende á que, como es notorio, aquellos jóvenes fueron excitados, alentados, acompañados y dirigidos por hombres que miran como fin de sus actos ideales que nada tienen que ver con la juventud y se valen de los medios que les salen al paso para realizarlos, á ninguno de cuantos vivimos en Barcelona y hemos contemplado el aludido suceso y los demás que le subsiguieron por espacio de seis días, extraña lo ocurrido en la ciudad condal el día 7 del corriente mes.

Desde los primeros momentos del triste suceso que tanto afectó á las personas eligiosas, y que con ellas deploraron to-

dos los amantes del principio de autoridad y los honrados barceloneses, cualquiera que sea el partido político en que militen, Nos recibimos elocuentes muestras de reprobación de aquel atentado, y sin abandonar por un momento la serenidad y prudencia, que creemos ser una de las primeras condiciones del que ejerce autoridad en una población de la importancia de esta capital, Nos resistimos tenazmente á autorizar manifestaciones numerosísimas de todas clases que se preparaban para contrarrestar el agravio inferido. Esto, no obstante, no pudimos evitar que Nuestra casa se viera honrada con la presencia de las Autoridades, de las Corporaciones oficiales, principiando por el primer Centro científico de la capital, de las Asociaciones religiosas y caritativas, de los personalidades más conspicuas de la población y de las clases todas de la sociedad, a las cuales precedieron y acompañaron, como es natural, Nuestro venerable Cabildo y Clero Catedral y los reverendos Párrocos de la ciudad y de la diócesis en nombre propio y de sus feligresías. A estas manifestaciones siguieron ó precedieron, y continúan en los presentes días, adhesiones y felicitaciones entusiastas por medio de crecidísimo número de telegramas, cartas, mensajes y tarjetas de Nuestros venerables hermanos en el Episcopado, de Corporaciones científicas religiosas y morales, y de muchas personas conspicuas de todos los ámbitos de España y del extranjero, distinguiéndose entre todas las del excelentísimo é ilustrísimo señor Nuncio de Su Santidad, la del por tantos conceptos venerable señor Cardenal Monescillo, y la colectiva y particular del excelentísimo é ilustrísimo señor Arzobispo de Tarragona, Nuestros venerables hermanos de la provincia eclesiástica tarraconense.

Tantas demostraciones, que en los primeros días ni aun atender á leer podíamos, las cuales no iban dirigidas á nuestra humilde persona, sino á nuestra dignidad y en favor del acto pastoral que habíamos realizado, consolándonos del disgusto que por esta causa habíamos sufrido, sirvieron para confirmarnos en la convicción de que lo hecho por Nos en uso de un derecho constitucional y legal era el cumplimiento de un deber ineludible, limitándonos á grabar en Nuestro corazón gratitud eterna para cuantos así nos han favorecido, y dejando incontestadas en absoluto tales manifestaciones. De ahí que ahora cumplimos con los deberes que imponen la gratitud y la cortesía, enviando á todos cuantos Nos han honrado con aquellas manifestaciones la expresión de Nuestro más sincero afecto y respetuosa consideración y cariño, rogándoles desde las columnas del *Boletín* diocesano, que se dignen aceptar como contestación á sus visitas, telegramas, cartas mensajes y tarjetas Nuestro más profundo reconocimiento. Plácenos consignar, empero, que si poco después del suceso, que ni aun nombrar queremos, al enterarnos de lo que había pasado (pues lo ignoramos hasta una hora después) digimos en presencia de respetables personalidades que lo sucedido era la más alta honra á que podíamos aspirar por haber cumplido Nuestro pastoral ministerio, ahora debemos añadir, sin jactancia, pero con toda la decisión de Nuestro ánimo, que en defensa de la verdad católica, de la enseñanza cristiana y de Nuestros deberes de Pastor, Nos hallamos siempre dispuestos á dar Nuestra vida, que en nada estimamos, y que consideraríamos como un beneficio especial de Dios, si Su Divina Majestad por la gloria de su nombre se dignase exigir de Nos mayores sacrificios: que somos sucesor de aquellos que se honraron sufriendo por el nombre de Cristo.

Barcelona, 21 de Octubre de 1895.—
JAIME, Obispo de Barcelona.

EL ODIO AL ERROR.

(Continuación.)

Tal es, pues, el resultado inevitable de ese «respeto á todas las opiniones», de que hacen profesión los cristianos que se llaman á sí mismos liberales, puesto que conduce lógicamente á la absolución de todos los crímenes. La indiferencia respecto del error, al difundirse en el seno de la sociedad, causa á la moral pública un perjuicio incomparablemente más grave que los más enormes atentados. Estos son brechas fáciles de reparar, que arrancan tan sólo algunas piedras á los sólidos muros de una fortaleza: la indiferencia respecto del error es una mina que destruye los cimientos de las murallas y prepara su total derrumbamiento. Los grandes crímenes producen en el cuerpo social un desorden local y momentáneo; la indiferencia respecto del error ataca y apaga las mismas fuentes de la vida religiosa y moral. Los grandes crímenes en una sociedad animada del amor de la verdad y de la justicia provocan una enérgica reacción y traen consigo un aumento de vida; la indiferencia respecto del error hace por el contrario imposible toda reacción, y á manera de una fiebre lenta conduce á la sociedad á la muerte con un progreso tanto más irresistible cuanto es menos visible.

¿Qué conclusión hemos de sacar de estas consideraciones? Que en el doble interés de su santificación individual y del bien público los cristianos deben hacer un grande esfuerzo para provocar en sí mismos esa reacción saludable, cuya ausencia es el más espantoso signo de descomposición social. Esa reacción no puede venir más que de nosotros: tan sólo nosotros poseemos, con la *certeza absoluta de la verdad*, el *derecho* de poder oponer al error una resistencia eficaz. Al fundarse en el principio falso de la *libertad de pensar*, la sociedad moderna se ha imposibilitado para oponer una barrera eficaz á la invasión de los errores más perniciosos y de los desórdenes morales que son su consecuencia lógica. Únicamente cayendo en una innecesaria, pero flagrante inconsecuencia, les es dado á los agen-

tes de un poder fundado sobre ese principio condenar los crímenes que encuentran su cabal justificación en este mismo principio.

A fin de conservar un poco de vida moral en las sociedades cuya organización tiende á destruir esta vida, es preciso que los individuos obren constante y enérgicamente contra esta influencia. La sociedad moderna, que hace consistir su progreso en repudiar el Cristianismo, no tiene vida sinó por lo que queda aún de cristianismo en sus miembros. Mas porque ha abandonado casi de todo la vida cristiana, las convicciones católicas no tienen bastante energía para obrar contra la influencia mortal de los miembros putrefactos, esas partes sanas no tardarán en perder también el soplo vivificante que todavía las anima.

Se vé, pues, claramente: no hay nada de exageración en decir que para cada uno de nosotros, como para la sociedad de que formamos parte, la cuestión de odio al error es cuestión de vida ó de muerte.

(Concluirá)

EL DIA DE DIFUNTOS.

Beati qui in Domino moriuntur,
Bienaventurados los que mueren
en el Señor.

El toque lastimero que lanzan las campanas de la Iglesia en este día, cunde con sus tristes notas como un clamoreo universal, y su eco parece decirnos: Rogad por los muertos y mirad qué valen las riquezas y placeres terrenos. Todo se acaba con la muerte; orad por los difuntos, procurad un alivio general á esas almas del Purgatorio para que acaben de satisfacer al Señor la pena de sus pecados con las oraciones, ayunos y limosnas; pero, principalmente, y es, no cabe duda, lo mejor, socorriendo á esas almas con el santo sacrificio de la Misa.

¡Cuán triste es recordar los nombres ya de nuestros padres ó de nuestros parientes, ya de nuestros amigos ó de nuestros bienhechores que duermen en el *lugar del sueño*, llamado camposanto ó cementerio!

¡Qué consoladoras las preces que balbucean los cristianos sobre las marmóreas piedras de los sepulcros!

Y si traemos á la memoria las palabras que pronuncia la Iglesia el miércoles de Ceniza: «*Acuérdate, hombre, que eres polvo y en polvo te has de volver,*» exclamaremos con acentos de la más triste convicción... Cuanto se encierra en la modesta tumba del menestral, lo mismo que en los brillantes nichos ó en los más suntuosos y ricos mausoleos, efectivamente, todo es polvo. Polvo los húmedos labios, asiento de la sonrisa; polvo los brillantes ojos, asiento de la luz y fuentes del llanto; polvo la tersura de aquella frente, la frente de aquella cara, la cara de aquella niña, la niña de aquellos tiempos. Polvo también las sedas con que se engalanaba, del mismo modo que en polvo se ha convertido el blanquísimo sudario en que han envuelto sus míseros restos cuando estaban calientes todavía.

¡Qué son, cristiano, esos blandones con que iluminas la marmórea tumba? ¡Qué esas brillantes coronas de sedas, joyas y flores con que adornas el sepulcro de tus deudos? Ceniza, polvo, y también un exceso de la vanidad de los vivos y un azote á la memoria de los muertos.

Ora por ellos é ilumina el marmóreo lugar en que su polvo reposa con el brillo de tus lágrimas, y adórnale con las flores de tu oración.

¡A qué más si todo habrás de olvidarlo? ¡Si pasada la Conmemoración de los Difuntos nadie se vuelve á acordar de ellos más que para pensar en los blandones y brillo de sus sepulcros? ¡Si sólo reinan en aquel recinto del silencio las sombras del olvido?

Por algo el poeta decía:

«¡Dios mío, qué solos
se quedan los muertos!»

P. GONZÁLEZ LUDENA.

LO QUE NO DEBE OLVIDARSE.

Al fijarse nuestros lectores en el epígrafe de este mal pergeñado trabajo, tal vez les ocurra preguntar: *¿Qué es lo que no debe olvidarse?* Porque, á la verdad

¡se escribe hoy tanto bueno y también tanto malo en libros, folletos y periódicos! ¡cuándo el más desvergonzado ateísmo práctico, la impiedad más atrevida ó la herejía más cínica echando mano de la imprenta para blasfemar del modo más estúpido! ¡cuándo el politeísmo irracional ó la idolatría más abyecta tirando sus papeles de colores para difundir, ó, diremos mejor, desenterrar un culto bárbaro, irracional é inhumano! ¡cuándo ciertos sabios con hinchazón científica, poniendo en tela de juicio la dignidad y el origen divino de nuestra santa Iglesia! Y todo esto de modo y con profusión tan desconsoladores, que á no estar los verdaderos católicos fortalecidos con la más pura fe, á no creer en las verdades emanadas de nuestra madre la Iglesia y sostenidas por el Vicario de Jesucristo y llevadas de uno á otro polo por los encargados de velar por el esplendor del culto del verdadero Dios, vista la balumba de papeles empleados en discutir el bien y el mal, ni los mismos católicos supieramos á qué atenerse sobre este asunto, pues lo que á unos creen bueno, otros lo juzgan malo; y lo que los primeros tienen por malísimo, es reconocido por los demás como superior.

En este mar de confusiones, en esta Babel moderna y voluntariosa, todos mojamos la pluma, todos emborronamos cuartillas y todos, quién más, quién menos, quién con alguna razón ó derecho, quién muy falto de ciencia y sobrado de petulancia, todos, en fin, nos tenemos por sabios, y tan capaces escritores en todos y cada uno de los ramos del saber humano, que veríamos con muy malos ojos al insensato que se atreviese á enmendarnos la plana. ¡Triste privilegio de la atrevida inmodestia, y mísera patente de la vanidad humana!

Nosotros, fieles á nuestro lema, olvidaremos, siquiera por un momento, que está próximo el fin del siglo XIX: olvidaremos que unos le llaman siglo de las luces y otros siglo de las tinieblas, para recordar que sobre toda esa masa de supuestas tinieblas brilla el rayo esplendoroso de la luz celeste, y sobre los potentes focos de la clarísima luz artificial, de que se halla tan engreído este nuestro siglo

brilla también poderosa y eternamente inmutable... lo que no debe olvidarse.

Recordemos, pues, con la ayuda de Dios, esa Luz que domina y disipa las tinieblas, esa Luz que oscurece los focos eléctricos y los lejanos soles, esa Luz brillantísima y sutil que penetra en los abismos del mar y en los abismos de la conciencia, esa Luz alta y poderosa para la que no tienen los planetas sinuosidades ni la interposición de algún astro intercepta sus veloces rayos arrojando sombra sobre el cuerpo digno de su admirabilísimo esplendor.

Todas las criaturas humanas que se hallan diseminadas por los diferentes países de la tierra, formando familias, tribus, pueblos y naciones, ya salvajes ya civilizadas, poblando las islas, penínsulas y continentes de nuestro planeta, reconocen una causa creadora y conservadora de todo cuanto existe. Ahora bien, esta causa creadora y conservadora del universo se le llama Dios: luego Dios existe; y los hombres de todos los pueblos le reconocen por Rey y Señor de todo lo creado, le rinden vasallaje y honores soberanos, y le adoran, y le ofrecen sacrificios en las diferentes religiones.

Son muchas las religiones que existen en las diferentes partes del mundo, según la idea que tienen de Dios los diferentes pueblos que le habitan; pero todas estas religiones pueden clasificarse en dos grupos, que son: religiones politeístas y monoteístas.

Llámanse religiones politeístas las de aquellos pueblos del Oriente, como la India y otros muchos, que creen y adoran muchos dioses y suelen ofrecerles, muchas veces, sacrificios humanos para desenojarlos y tenerlos contentos. Es indudable, según todas las probabilidades que nos presenta la crítica histórica en sus investigaciones, que la religión primitiva de todos estos pueblos fué monoteísta; pero á medida que las doctrinas brahmánicas y búdhicas fueron materializándose, se fué extinguiendo en ellos la idea del verdadero Dios, y cayeron poco á poco, por esta causa, en el panteísmo más abyecto y en la más grosera y asquerosa idolatría.

Se llaman religiones monoteistas las que profesan aquellos pueblos que creen y adoran un solo Dios.

Las religiones monoteistas son: la *cristiana*, la *judaica* y la *mahometana*.

Religión *cristiana* es la revelada por Jesucristo, la cual se divide en *tres iglesias*: la *Católica*, única verdadera, que reconoce al Papa como cabeza visible de la Iglesia; la *cismática Griega*, que no reconoce la supremacía del romano Pontífice; y las *Protestantes* ó reformadas, que no reconocen más regla de fe que la Biblia, interpretada *según convenga á cada uno*.

Religión *judaica* es la religión dada por Dios á Moisés, y profesada por los antiguos hebreos ó judíos divididos en tres sectas: Caraitas, Rabinistas y Talmudistas.

Religión mahometana es la fundada por Mahoma en el siglo VII de la era cristiana, y consiste en una mezcla de cristianismo y judaismo, con mil prácticas ridículas dirigidas á proteger las pasiones. Se divide en dos sectas: la de *Omar* ó de los *sunmitas*, que es la más seguida, y la de *Alí* ó de los *schyytas*.

Habiendo manifestado, pues, aunque á grandes rasgos, qué se entiende por religiones *politeistas* y *monoteistas*, réstanos decir ahora terminantemente que todas las religiones *politeistas* son completamente falsas, porque no hay ni puede haber *muchas causas creadoras y conservadoras* del universo, sinó *una sola y única Causa verdadera*. No hay ni puede haber, pues, más que *un solo y único Dios verdadero* que pueda reunir en sí mismo los caracteres esenciales que le son inherentes, y consisten en la *aseidad*, esto es, en *ser por sí mismo y bastándose por sí mismo para existir*.

La existencia de Dios no puede demostrarse *á priori*; pues ni Dios tiene causa, ni su existencia es conocida, pero puede demostrarse *á posteriori* por sus efectos que son para nosotros más conocidos que Él mismo. Las pruebas de la existencia de Dios son de tres clases; *físicas*, y *metafísicas* y morales.

Las pruebas físicas de la existencia de Dios son tres: la *existencia de la materia*, el *movimiento* de la materia y el *orden del universo*.

1.^a La materia existe; es así que no es necesaria, pues todo es contingente en ella: luego la materia supone un creador; á este creador le llamamos Dios: luego existe Dios.

2.^a El movimiento de la materia existe: ahora bién; ó este movimiento le es esencial ó no le es esencial. Es así que el movimiento no le es esencial, porque podemos concebirla en reposo; y, además, todo movimiento esencial no admite variedad en la dirección ni en la velocidad, y sin embargo todos los días vemos lo contrario: luego la materia tiene un primer motor; á este primer motor le llamamos Dios: luego Dios existe.

3.^a Existe orden en el universo. Ahora bien; un orden cualquiera da testimonio de una inteligencia que lo produce; y cuantos más objetos abarque el orden, tanto mayor será la inteligencia de su autor: luego la inteligencia que ha ordenado el universo es suprema; esta inteligencia es Dios: luego existe Dios.

Las pruebas *metafísicas* de la existencia de Dios son en gran número; pero las principales son dos: la *necesidad de un primer ser* ó causa absoluta, y la *noción de lo infinito*.

1.^a O todos los seres son contingentes ó existe un sér necesario. Si todos los seres fuesen contingentes, debió haber un tiempo en que ninguno de ellos existiese, pero la nada no puede producir el sér: luego la existencia del mundo sería imposible en esta hipótesis. Sin embargo, el mundo existe, y nadie puede negarlo; luego un sér necesario, una causa absoluta ha de haber determinado su existencia; este sér necesario es Dios: luego existe Dios.

2.^a En nuestra inteligencia finita existe la idea de lo infinito: si lo infinito no existiese sería un producto suyo; y lo infinito sería producto de lo finito, lo cual es absurdo; lo infinito es Dios: luego Dios existe.

MANUEL A. GARCÍA.

LA HERMANA DE LA CARIDAD.

(Conclusión)

Nadie podía llegar á su lado sin escuchar las más terribles imprecaciones, ó

exponerse á las consecuencias de su impotente cólera. Sus violentos dolores extraviaban su razón, y no tenía para sufrirlos la santa resignación del cristiano.

Los médicos habían recetado una bebida calmante, pero el infeliz, exasperado por la ineficacia de los anteriores medicamentos, se negaba obstinadamente á tomarla, llegando al paroxismo del furor cuando venían á ofrecérsela. Y el mal se agravaba, y cada instante que pasaba alejaba la esperanza de que pudiera tener remedio.

Los que le rodeaban se habían alejado todos, cansados ya de la inutilidad de sus esfuerzos.

Pero si todos le abandonaban, el ángel de la paciencia, la hermana de la caridad aún estaba allí.

Con la mirada suplicante, con el ruego en los labios se acercó al desgraciado, ofreciéndole con mano amorosa aquella poción salvadora.

Una blasfemia espantosa y una cruel amenaza fué la respuesta que obtuvo.

Sin embargo, ella insistió.

Pero aquel hombre estaba desesperado, y arrojó con furor la medicina que se le ofrecía, amenazando de nuevo á la indefensa enfermera.

Y los dolores acrecían, y la muerte con rápido paso se acercaba á su presa y extendía su mano para tocar aquella frente; y el ángel malo sonreía viendo perderse aquel alma.

Y por tercera vez la santa hermana se aproximó hasta aquel lecho, y tercera vez rogó y suplicó, ofreciendo al enfermo aquel vaso que contenía la medicina traída hasta allí de nuevo.

Su voz era dulce, sus palabras persuasivas, su mirada llena de unción y piedad.

—Tomad, dijo, tomadlo en nombre de Dios: y acercó su mano para levantar aquella cabeza, con un ademán suave y tierno como el de una madre amorosa.

Pero entonces aquel hombre se incorporó rígido y airado; sus miradas estaban inyectadas, sus dientes crugían apretados con fuerza: estaba loco, y en la explosión de su furor tomó de nuevo el vaso y le arrojó no lejos de sí como la vez primera, sino á la casta frente de la religiosa.

El líquido cegó aquellos ojos é inundó aquel semblante angelical, produciendo el golpe una herida profunda; pero ni una queja, ni una reconvencción brotó de sus labios: solo una lágrima triste y dolorosa se vió rodar por sus blancas mejillas.

Enjugó lentamente su rostro y permaneció en su puesto, limpiando después con su pañuelo la frente y las manos del enfermo, salpicadas y mojadas también, con una solicitud y un cariño sin igual.

Al ver aquella sangre, al ver aquella gota de llanto, el iracundo enfermo se sintió avergonzado de sí mismo; una cosa extraña pasó ante su vista, y su corazón experimentó un sentimiento desconocido.

¿Era que aquella lágrima lavaba sus culpas y le obtenía el perdón del cielo? ¿Era que aquella sangre, á imitación de la del Salvador del mundo, rescataba aquel alma? ¡Quién sabe! ¡Mucho valía sin duda para Dios y mucho podía conseguir!

Pasado el primer momento, la hija de San Vicente hizo un ligero movimiento para alejarse, y el desgraciado la preguntó rápidamente con voz sombría y confusa:

—¿Os váis?

—Sí; ya creo que ha pasado vuestro enojo, y ahora quizá...

—¿Qué? dijo admirado aquel hombre, viendo la dulcísima sonrisa que había acompañado á estas palabras.

—No os resistireis á tomar esa bebida que encierra vuestra salud.

—¡Y...! la traereis otra vez! preguntó con un acento, en que temblaba la emoción, el arrepentimiento, la gratitud y el asombro.

—Y otras mil si fuese preciso.

—Pero ¿esa sangre?

—Yo daría toda la mía por aliviar vuestro mal, dijo ella con una voz tan sentida y dulce que hizo estremecer la última fibra de aquel agitado corazón.

Entonces, como las puras aguas de un impetuoso torrente, ocultas y contenidas por una capa de grosera tierra, saltan y se desbordan cuando una mano hábil rompe de un solo golpe su fuerte dique, así el manantial de llanto, estancado en aquel alma por tantos y tantos años, brotó en ancho caudal devolviéndole pura y vivificada la olvidada fé y la perdida esperanza.

—¡Creo en Dios! gritó al fin aquel hombre en el exceso de su emoción, con una voz desentonada y muy angustiosa: ¡creo en Dios y en los ángeles, porque vos sois uno de ellos! Sí; hay un cielo: de allí venís vos, porque en la tierra no sabemos hacer estas cosas: hay una eternidad, porque es preciso que la haya para premiar tanta virtud. ¡Oh! no me dejeis, no me dejeis por Dios, y enseñadme á esperar, ya que me habeis enseñado á creer.

Estas palabras estaban dictadas por un sentimiento real y sincero, porque una hora después, y cediendo á los deseos del arrepentido pecador, Dios, en forma de sagrada hostia, descendía á su pecho, purificado ya por el arrepentimiento y la contrariedad.

Lo que no habían podido hacer los más sabios consejos, las más severas exhortaciones, lo consiguió una sóla lágrima y una gota de sangre humilde y sola.

Dios quiso coronar la obra llevada á cabo por la caridad, y devolvió la salud al enfermo, que ya le invocaba esperando en su bondad. Hoy vive aún; hoy en vez de dudar espera; ora en vez de blasfemar, y su miseria es menos penosa y más llevaderos sus dolores, porque la oración y la esperanza son el consuelo mayor.

¡Tal vez en sus plegarias mezcle sin cesar el nombre de su angel salvador! ¡Tal vez la blanca figura de la santa religiosa, aparezca ante sus ojos cuando sus ojos se dirijan al cielo! ¡Tal vez un día y otro repita con nosotros: «Bendita sea la caridad cristiana; benditas esas mujeres que endulzan los dolores que no pueden borrar, que comparten el infortunio que no les es dado evitar; benditas sean mil veces, ya sosteniendo al anciano, ya acallando al niño, ya consolando al moribundo; pero cumpliendo siempre su misión de misericordia, de sacrificio, de abnegación y de caridad!»

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

EL SACERDOTE CATÓLICO.

II.

El sacerdote católico es nuestro mejor amigo. Desde que nacemos hasta que

nuestro cuerpo baja al sepulcro, no se aparta de nosotros, no para adularnos, si somos ricos y poderosos, sino para enseñarnos el camino que debemos emprender, si queremos conseguir subir á la patria de los bienaventurados.

A los ricos les enseña lo que deben hacer con los pobres. Y á los pobres les recuerda sus deberes. El sacerdote puede decir como ninguno: «Mi dominación no tiene límites conocidos; mi autoridad alcanza y sube hasta los cielos; tengo las llaves de sus puertas eternas en mis manos; si yo he cerrado estas, jamás Dios las franquea, ni tampoco las cierra á quien por mí se abrieron.» Por esto el Salmista, viendo con luz profética tanto honor, tanta dignidad en los sacerdotes, exclamó: «Dios mío, tú has honrado sobremanera á tus amigos; tú los has ensalzado y distinguido con un imperio poderoso.»

Con toda tu alma teme al Señor y reverencia á sus sacerdotes. —(Eclesiástico, c. VII.)

Cuando un sacerdote sube al púlpito, desaparecen sus cualidades personales.

Puede decir como el Apostol: «Soy un embajador de Cristo, represento su persona y estoy revestido con su autoridad; mis palabras son tuyas y no mías, puesto que por mi lengua os habla el mismo Dios.»

Con su aspecto majestuoso hace levantar espontáneamente los pensamientos hacia Dios y los corazones hacia la patria de los justos. Desde aquel lugar santo expone sencillamente las verdades de nuestra Santa religión, refuta vigorosamente los argumentos que los impíos aducen contra los dogmas y verdades de nuestra santa fe; y por último, habla al corazón, para que, conociendo lo que es la doctrina de Cristo y lo que son sus enemigos, ame á la primera y aborrezca á los segundos.

Se puede decir que el mundo sin el sacerdote se sepultaría en la barbarie, ó se perdería en la corrupción.

Josué mandó al sol que se detuviera en su carrera por espacio de un día, para que los israelitas derrotasen á sus enemi-

gos. Pues el sacerdote, por medio de las palabras de la consagración, hace descender desde los cielos hasta la tierra el Sol divino de la justicia, para permanecer entre los hijos de los hombres hasta la consumación de los siglos.

Moisés hizo brotar agua de una peña con solo haberla tocado con su vara, para que el pueblo de Israel saciara su sed.

El sacerdote con sus palabras hace venir á nuestros altares el Cristo figurado en la piedra Oreb, que en ella, nos invita á beber de sus aguas.

A. ALONSO RODRÍGUEZ

(Se Continuará)

NUEVO CARDENAL.

El Excmo. é Ilmo. Sr. D. Antonio María de Cascajares, Arzobispo de Valladolid, ha sido nombrado Cardenal de la Santa Iglesia Romana.

Su Santidad el Papa León XIII, que conoce la adhesión profunda del ilustré Prelado á la Santa Sede y á la Augusta Persona que la ocupa, así como las grandes virtudes que le adornan, realzadas por la más simpática de todas, y acaso la más genuinamente cristiana, la humildad, ha querido premiarlas con esa alta distinción, para lo cual había sido propuesto el Sr. Cascajares por S. M. la Reina, que le profesa singularísimo y muy hondo afecto.

Para nosotros, el suceso tiene la importancia de un suceso doméstico. Y con esto comprenderán nuestros lectores que, al enviarle nuestras calurosas felicitaciones, no hacemos sino expresar la satisfacción íntima que nos causaría algo que se refiriese á nuestro propio interés, porque como cosa propia son para nosotros las penas y las alegrías del egregio Prelado.

La felicitación, después de todo, debe recibirla Valladolid, que tanto ama á su venerable Pastor.



SANTO DEL DIA.

SAN QUINTÍN, MÁRTIR.

Fué San Quintín, hijo de un senador romano, llamado Zenón, muy conocido

en Roma por sus grandes riquezas, y por su valimiento con los emperadores. No se sabe á punto fijo el tiempo en que San Quintín se convirtió á la fe, pero es probable que fué hacia el fin del Pontificado de San Eutiquiano, á quien sucedió San Cayo: conquista ilustre, que añadió mucho esplendor á la Iglesia.

Era Quintín hombre de claro entendimiento, y queriendo formar en él uno de sus más esclarecidos mártires, desde el mismo bautismo le inspiró tan ardiente celo por la religión, que desde entonces caminó siguiendo las huellas de los Apóstoles. Su abrasado amor á Jesucristo inflamó su corazón en una caridad tan encendida, que quisiera pegar el mismo fuego á todos los corazones, y reducir á cenizas todos los ídolos.

Dejó San Quintín su patria, su casa, sus bienes, y renunciándolo todo por amor de Jesucristo, partió de Roma con San Luciano, y se adelantó predicando la verdad hasta la ciudad de Amiens, á las Riberas del Soma. Allí se separaron los dos, pasando San Luciano á Breauvais, y quedándose en Amiens San Quintín. Era el campo verdaderamente vasto y fecundo, pero inculto, silvestre y montuoso, necesitando el Santo misionero de tanto celo como valor para desmontarle. ¡Mas que no podrá un hombre verdaderamente apostólico!

Apenas comenzó á predicar San Quintín, creció cada día el número de los fieles, y, en breve tiempo, hizo de Amiens una de las más florecientes iglesias que había en las Galias; cada día iba añadiendo nuevas conquistas á Jesucristo, tanto con sus sermones, como con sus milagros.

Como se divulgaban las insignes conversiones que hacía cada día, no sólo en Amiens, sino en todo el país circunvecino, necesariamente habían de disgustar mucho á los sacerdotes de los ídolos, y había de ponerles de mal humor contra nuestro Santo, y tomaron la maligna resolución de perder al siervo de Dios. Con este fin acudieron á Ricciovaro, que acababa de ser nombrado prefecto gobernador de las Galias, y era uno de los más crueles perseguidores del nombre cristiano. Mandóle prender, y llevado á su tribunal, dió principio afeándole el borrón

infame que echaba á su ilustre sangre, pues siendo hijo de un senador Romano, se había dejado de infatuar de las supersticiones de los cristianos. Respondióle el Santo, que en la Religión cristiana no se conocía qué cosa era superstición, puesto que en ella sólo se rendía culto al único Dios verdadero, y se miraban con horror las gentílicas supersticiones.

Irritó tanto al gobernador esta generosa respuesta, que sin respetar su calidad, ni los privilegios de ciudadano romano, le mandó azotar con varas, suplicio afrentoso, que sólo permitían las leyes se ejecutase con los cristianos. Levantó el Santo los ojos al cielo, dió gracias al Señor por la merced que le hacía en padecer por su gloria, cuando de pronto se oyó una voz del cielo que decía: «Buen ánimo, Quintín; buen ánimo: yo soy el que padezco en tus miembros: yo te fortalezco y te asisto.» Al punto cayeron los verdugos en tierra medio muertos, no de otra manera que si hubieran sido heridos por un rayo. El prefecto no escarmentado con el suceso que había presenciado, mandó que le encerrasen en un calabozo hasta el día siguiente, con resolución de pasar á más crueles suplicios. Luego que el Santo entró en él, se convirtió su lobreguez en una brillante claridad; y hácia la media noche se dejó ver un angel del cielo, que hizo pedazos las cadenas, le trasladó milagrosamente á la más hermosa plaza de la ciudad, en medio de la cual, desde el mismo romper el día comenzó á predicar con mayor celo que nunca. Noticioso el carcelero de esta maravilla, acudió prontamente con sus guardas para prenderle; pero quedaron tan asombrados al verle, y tan movidos al oírle, que todos se convirtieron.

Espantado Ricciovaro, pero no convertido, ordenó que le aplicasen la tortura, y que mientras la máquina le dislocaba todos los huesos, le despedazasen á golpes de ramales armados con bolas de plomo. Y como el Santo mártir se mostrase insensible á este espantoso tormento, hizo que le rociasen las ilagas con aceite hirviendo, mezclada de pez y grasa derretidas; y pareciéndole que todavía no era bastante vivo este penetrante fuego, mandó que al mismo tiempo le abrasasen

todo el cuerpo con hachas encendidas. Llenáronle la boca de cal viva, rociáronla de fortísimo vinagre, y el Santo se la bebió como si fuese la bebida más regalada y exquisita.

Conmovióse toda la ciudad de Amiens á vista de este espectáculo, y toda ella comenzaba ya á alborotarse contra el tirano, que, temeroso de un motín popular, hizo sacar en secreto al Santo mártir, y conducirlo á la ciudad de Augusta, donde le siguió Ricciovaro. Mandó comparecer á nuestro Santo, y después de haber empleado lo más alagüeño de las promesas, y lo más terrible de las amenazas, encontrando siempre inflexible al héroe cristiano, ordenó que le pasasen dos asadores á lo largo del cuello, desde el cuerpo hasta las piernas; y para colmo de crueldad, que le metiesen agudos clavos entre las uñas y la carne. En medio de tan horrorosa carnicería, mostraba nuestro Santo una paciencia, que pasaba de sufrimiento y se asemejaba á divino gozo; lo que no pudiendo ya sufrir el tirano, mandó que le cortasen la cabeza, como se ejecutó el último día de Octubre del año 287.

Añaden las actas de su martirio, que cuando el Santo llegó al lugar del suplicio, rogó al verdugo le concediese algunos momentos para ofrecer al Señor el sacrificio de su vida. Púsose de rodillas, suplicando á Dios que se dignase recibir su alma en paz, y en el mismo instante que le cortaron la cabeza, se oyó una milagrosa voz que decía:—Quintín, siervo mío, ven á recibir en el cielo la corona que mereciste con tantos tormentos.—Pusiéronse centinelas de vista al santo cuerpo para que los cristianos no le tributasen el honor de la sepultura; y llegada la noche, mandó el gobernador que le arrojasen en el río Soma con una gran pesa de plomo al cuello, para que, hundiéndose en lo más profundo, sirviese de pasto á los peces.

VARIETADES.

Con sumo gusto insertamos la bella composición escrita en nuestro hermoso dialecto por nuestro amigo don F. R. G.

y que fué recitada por el niño Emilio Rodríguez en la fiesta del Catecismo de Nueva celebrada el día 20 del actual.

LAS TENTACIONES DEL SEÑOR

Enfocicau Lluçifér
 Porque Dios lu despachó
 Del cielu, por querer sèr
 Tantu com' illi, xuró
 De facei un día moler.
 Que la soberbia maldita
 Enxendra 'l cabu venganza,
 Y al camin se perceptita
 Cuando 'l aguixon la encita
 A llograr lo q' utru alcanza;
 Y descurre mil diablures,
 Y atisvia per todos llaos,
 Y soba á les criatures
 Mas suaviñ que los llimiaos
 Cuand' anden pe les verdüres.
 Por eso el diablu 'nfadau
 Guardoila á Dios, y se dixo:
 «Si te piesco 'n cualquier liau
 «Non te 'scapes» y asi fixo,
 Tal cual dixo el condenau.

Una vez que 'l Señor taba
 Rezando solu 'n Disiertu,
 Y triste,—llástima daba
 Vellu ansina, pos á un muertu
 En fegura semeyaba,—
 Allegóse 'l Diablu, y sériu,
 Y ya d'un trunfu valientè,
 Tan grave como 'n so imperiu
 Pas' un Rey entre so xente,
 Propónxoi esti misteriu:
 «Si tú de Dios fiyu yés,
 «Y tantu poder t' abona,
 «Estos dos cantos que vés
 «Conviértilos en borona
 «Pa que se cómian después.»
 Y abrió una boca 'l babayu
 Grande com' una portiella
 ¡Cómo si fora un trabayu
 Tal cosa, pa Dios, facella
 En menos que canta un glayul
 Otru que 'l Señor non fora
 Llenu de tantes bondaes
 Que 'n tiernu pechu atesora,
 Ya lu 'chára á piscozáes
 Al oyer tal cantimplora;

Pero Dios non fixo casu
 De la burlla del malditu;
 Q'otru cualesquiera, acasu,

Hobiera fechu el fracasu
 D'afogálu como á un pitu.
 —«Afuxi, i dixo, non más;
 «Non creeré 'n tos astucies,
 «Mazcayu de Satanás,
 «Nin valen nà tos argucies,
 «Nin nunca valdrán, xamás,
 «Vete d'aquí, diañu feu,
 «Márchate lluego, al momentu,
 «Al to reinadu de fueu;
 «Non llograrás, vanu intentu,
 «De la victoria el trofeu».—
 Baxó 'l Diablu la cabeza,
 Metió 'l rabu entre les pates,
 Y con una llixereza
 Mayor que la de les rates,
 Se esmució pe la maleza.

F. R. G.



CRÓNICA UNIVERSAL.

DE ROMA.

Personas que por su situación y carácter pueden acercarse á Su Santidad León XIII, desmienten categóricamente que el Pontífice haya sufrido pérdida de fuerzas ni ofrezca su salud el menor cuidado.

DE ESPAÑA.

Han tomado posesión D. Juan Delchos y Puntonet, de una Canongía vacante en la Santa Iglesia Catedral de Gerona por promoción de D. José Xiqués, D. Constantino Luís Márquez y Torres, del Beneficio con cargo de Sochantre vacante en la de Teruel por traslado de D. Manuel Domingo Bristofol; D. Anselmo Herraiz García, de otro Beneficio vacante en la Santa Iglesia Metropolitana de Granada por defunción de D. Lorenzo Broto; don Lino Horcada y Cambra, de otro Beneficio vacante en la de Barcelona por defunción de D. Magin Morgades, y D. Juan Arjonilla y Piñas, de la Capellanía de Reyes vacantes en la Santa Iglesia Primada de Toledo por promoción de don Antonio Peironcelly.

Ha sido agraciado con el Curato de patronato en la Diócesis de Mondoñedo, don

José Gagos López y del de Santa María Magdalena de Rebollada, en la de Oviedo, del señor marqués de Campo Sagrado, don José Álvarez Valenciano.

También han sido nombrados Capellanes por los respectivos Prelados, de las Religiosas Concepcionistas de Zamora, don Juan González; de las Franciscas de Jerusalén de Valencia, D. Francisco Zorriol Ros; de las Franciscas de San José de Madrid, D. Wenceslao Pacheco; de las de Santa Clara de Astorga, D. Pascual Toral; y de las Benedictinas de San Pelayo de Oviedo, D. Francisco Cabal, y Capellán de la ex-Colegiata de Belmonte (Cuenca) D. Joaquín Jiménez Moreno.

—El día 24 se ha celebrado en la iglesia de San Juan de Dios de Lucena (Córdoba), donde se halla instalado el hospital que dirigen las Siervas de María, la fiesta que anualmente se dedica al Arcángel San Rafael.

Tratándose de pueblo tan piadoso y de comunidad tan celosa, no hay para qué decir que asistieron bastantes fieles, y que el hermoso templo se hallaba ricamente adornado. El sermón estuvo encomendado á un religioso Franciscano, quien cautivó al auditorio cantando las glorias del Arcángel San Rafael.

Ha sido muy comentada la conducta del Ayuntamiento que ha dejado de asistir á la función, suceso que es tanto más extraño, cuanto que de tiempo inmemorial ha venido concurriendo á ella, por lo que confiamos que al partir del año venidero no se pierda esa buena práctica sobre todo en los días la verdadera prueba porque atravesamos.

—Ha salido para Albuquerque el ilustrísimo Sr. Obispo de esta diócesis con el fin de practicar la Santa Visita en los pueblos de dicho arciprestazgo.

Al Rvdo. Prelado acompaña en su expedición el Canónigo de la Santa Iglesia Catedral nuestro respetable amigo don Mariano Puyol y Anglada y los familiares

—En el Círculo de Obreros Católicos de Jerez de la Frontera, se ha celebrado solemnísima velada musical que ha contribuido á proporcionar cuantiosos recursos para el sostenimiento de las escuelas nocturnas de obreros.

DEL OBISPADO.

Tomamos de *El Principado*:

Ha sido nombrado capellán organista de la parroquial de San Lorenzo de la industriosa villa de Gijón el presbítero don Cosme Cifuentes.

Felicítámosle por dicho nombramiento.

—En el solemne acto de la inauguración oficial del Círculo de Obreros Católicos, de Gijón, el Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de la diócesis pronunció un elocuente discurso versando sobre *la ley de la desigualdad y la ley de la mancomunidad*.

Con mucha elocuencia explicó el por qué de la *desigualdad* en la sociedad, disertando con suma claridad acerca de las *desigualdades* físicas, intelectuales y morales. Trató luego de la mancomunidad, y dijo, que el trabajo y la virtud, son el primer medio y el más poderoso para nivelar las desigualdades sociales.

Ha sido muy felicitado.

DEL CONCEJO.

—La prensa de la provincia se hace eco del homenaje de simpatía tributado en Méjico al que en vida fué nuestro amigo D. Angel García Peláez, del que dan extensa cuenta los periódicos llegados de aquella región en el último correo.

En la capital de aquella hermosa república se han celebrado el 30 de Septiembre último en la iglesia de Portaceli suntuosos funerales en sufragio del alma de tan virtuoso sacerdote, teniendo igual aplicación todas las demás Misas que en dicha mañana se celebraron.

Mucho nos place poder consignar este dulce y cariñoso recuerdo de sus queridos paisanos al que en toda su vida fué modelo de sacerdotes y de ciudadanos.

—Los periódicos venidos en el último correo de América dan cuenta de la defunción de nuestro estimable comprovinciano, hijo del inmediato pueblo de Nueva, D. Andrés del Río Pérez.

Persona estimadísima entre nosotros y de grande influencia y arraigo en la capital de la grande antilla, su muerte deja un vacío inmenso y difícil de llenar.

El pueblo de Nueva le debe eterna gratitud; y merced á su nunca bien ponderado desinterés se debe la traida de aguas

y la moderna fuente que permite surtirse del precioso y necesario líquido á todo aquel vecindario.

Su patriotismo, desinterés y desprejuicio junto con un talento poco común en los asuntos mercantiles conquistaronle un puesto de preferencia en el comercio de la Habana, así como la intrepidez de su indomable corazón le alcanzó un sitial de honor entre los valerosos defensores de los intereses patrios.

Nueva está de luto: este hermoso pueblo amante hasta la idolatría de sus bienchicos, ha sentido altamente la muerte del señor Río Pérez en lo más vigoroso de su edad.

Unimos al suyo nuestro sentimiento y acompañamos en él á toda la respetable y querida familia del finado.—D. E. P.

—Se halla enferma de gravedad nuestra convecina D.^a Anita Dorredo Cuervo.

Ayer á las cuatro de la tarde le fueron administrados los Santos Sacramentos por el Sr. Coadjutor de esta parroquia D. Estanislao G. Menéndez.

Vivamente deseamos el restablecimiento de la enferma.

—Hemos recibido la segunda visita de nuestro ilustrado colega *La Semana Católica*, por algún tiempo alejado de nuestra compañía.

Nos faltan todos los números desde el 28 de Julio.

Bien venida sea á nuestra Redacción y acompañenos á rogar á Dios por que se conviertan tantos lectores de gorra.

¡Estos gorriones, compañera, estos gorriones!

El último número de la interesante revista religiosa contiene el siguiente escogido sumario:

1. Santoral.— 2. Óbolo de San Pedro.— 3. San Alfonso Rodríguez.— 4. Notas sueltas.— 5. Actualidades. 6. Hojas de un libro.— 7. La Estrella de Alba (conclusión).— 8. Opiniones de Dumas acerca del Teatro.— 9. Roma.— 10. España.— 11. Extranjero.— 12. Bibliografía.— 13. Anuncios.

— También hemos tenido el gusto de recibir la apreciable visita de la *Revista del Círculo de Obreros de la Asociación Católica*, de Valladolid con cuya publicación establecemos gustosos el cambio.

SECCIÓN RELIGIOSA.

Apostolado de la Oración.

INTENCIÓN GENERAL PARA NOVIEMBRE

Los intereses de la Iglesia en los países alemanes.

ORACIÓN PARA ESTE MES.

¡Oh Jesús miol por medio del Corazón inmaculado de María Santísima os ofrezco las oraciones, obras y trabajos del presente día, para reparar las ofensas que se os hacen, y por las demás intenciones de vuestro Sagrado Corazón.

Os las ofrezco en especial por la prosperidad de la Iglesia católica en Alemania, en donde es combatida por las herejías, la masonería y el socialismo.

PROPÓSITO.

Ofrecer todos los días alguna mortificación y oración por las almas del Purgatorio.

Visitas de la Corte de María.

Día 31. Nuestra Señora de la parroquia, tutelar Madre del Amor Hermoso,

—*Día 1.º.* Nuestra Señora del Rosario, en su altar de la parroquia.—*Día 2.*

Nuestra Señora de los Angeles, altar mayor de la parroquia.—*Día 3.* Nuestra

Señora de la Consolación, altar mayor de la parroquia ó capilla del antiguo convento.—*Día 4.* Nuestra Señora de los

Dolores, en su altar de la parroquia.—*Día 5.* Nuestra Señora de la Guía, en su capilla.—*Día 6.* Nuestra Señora del

Portal, en su altar de la parroquia.

Santoral.

Jueves 31.—San Quintín, mártir,

Viernes 1.º.—La fiesta de Todos los Santos.

Sábado 2.—La Conmemoración de los fieles difuntos.

Domingo 3.—San Armengol, obispo.

Lunes 4.—San Carlos Borromeo, cardenal.

Martes 5.—San Zacarías padre de San Juan Bautista.

Miércoles 6.—San Severo, obispo.